

W 9268

EL PADRE INTELLECTUAL

DE LOS

PRÓCERES DE LA INDEPENDENCIA ARGENTINA

POR

MANUEL CASTRO LÓPEZ



REAL ACADEMIA
GALEGA
A CORUÑA

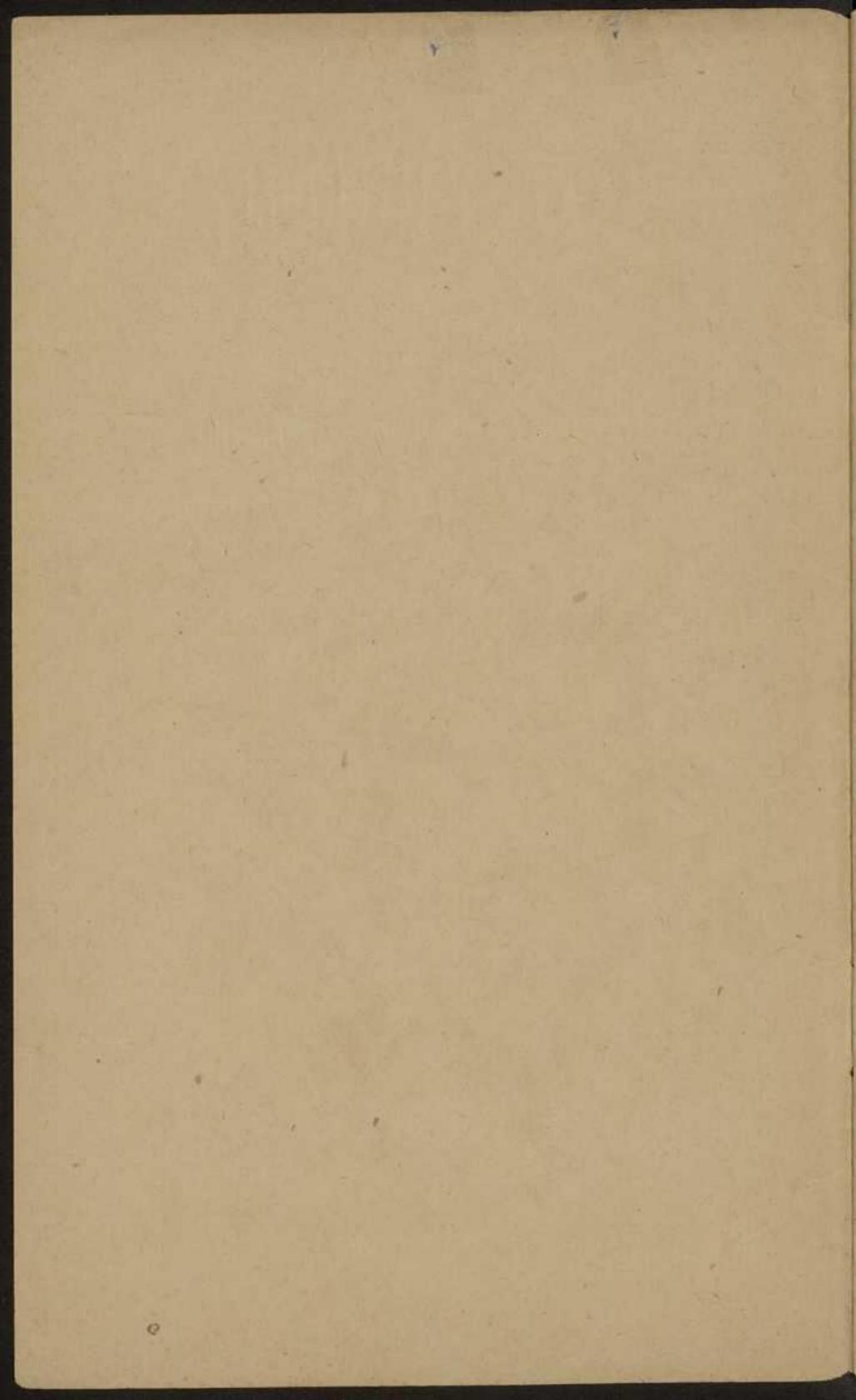
F 2863

Biblioteca

BUENOS AIRES

Encuadernación de «El Correo Español»
460 — 25 de Mayo — 468.

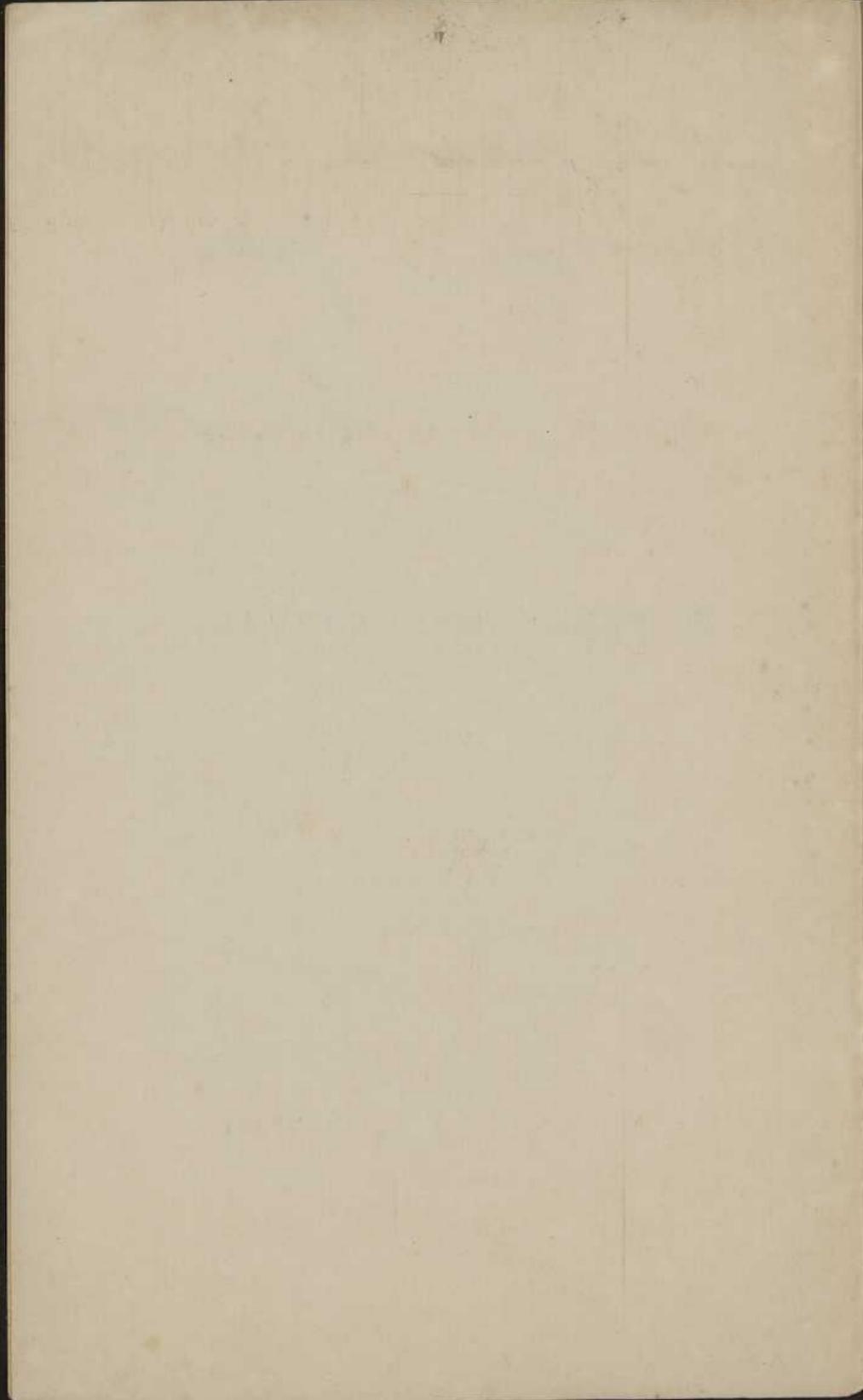
1903



A. J. Florencio Kamoude,
Historiograf y poeta,

El Autor.

EL PADRE INTELLECTUAL



EL PADRE INTELECTUAL

DE LOS

PRÓCERES DE LA INDEPENDENCIA ARGENTINA

POR

MANUEL CASTRO LÓPEZ



BUENOS AIRES

Imprenta y Encuadernación de «El Correo Español»
460 — 25 de Mayo — 468

1903

R.41703

Florencio Vaarwede
bazón 01/04/1978

A SU CARINOSO Y ANTIGUO AMIGO

EL

EXCMO. SR. D. RAFAEL ALVAREZ SEREIX

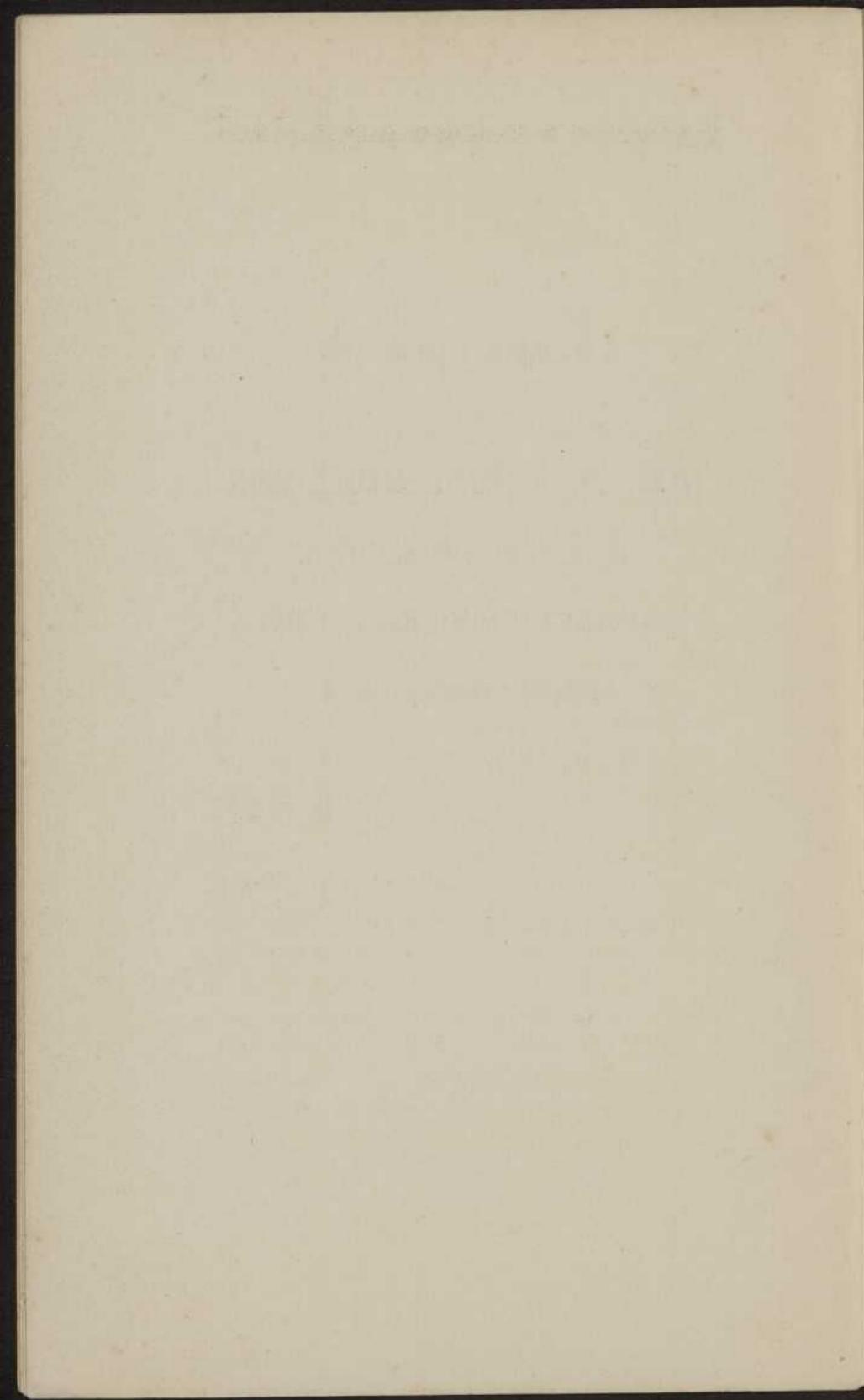
ILUSTRE INGENIERO, INSIGNE LITERATO,

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CONOCEDOR Y AMANTE DE GALICIA.

EL AUTOR.

Buenos Aires, mayo, 1903.





I

Probablemente por primera vez va un español á hacerse cargo de una revelación hace ya más de medio siglo producida en la capital de la República Oriental del Uruguay, é importante, tan importante, que, á no ser ella, se hubiera, sin duda alguna, perdido para la historia de la República Argentina un antecedente no despreciable, pues tiene bastante de fundamental; para Galicia una nueva gloria, y, para toda España, un honor indiscutible. Agradecemos al autor de tal revelación el hermoso testimonio que con ella ha dado del espíritu de justicia, desgraciadamente poco común en escritores de cosas de la nación hispana nacidos en América, que le anima, así como de la nobleza de su corazón, también rara en el mundo; y, dejándonos de preámbulos, que no suelen ser sino insubstancial palabrería, apresurémonos

á recoger, al menos en su esencia, pero cambiando el orden de algunos párrafos con el solo objeto de imprimir cierta unidad á este bosquejo biográfico, la preciosísima noticia á que nos referimos. La hemos hallado en el folletín de los números 1677, fecha 26 de agosto de 1851, y siguientes del *Comercio del Plata*, diario que había fundado en Montevideo D. Florencio Varela, asesinado por orden del tirano D. Juan Manuel de Rozas, y que dirigía D. Valentín Alsina.



II

Dice el autor del *Prefacio de los Compiladores*, puesto al frente de *El Triunfo Argentino*, poema heroico, en memoria de la gloriosa defensa de Buenos Aires contra el ejército de 12.000 hombres que la atacaron los días 2 á 6 de Julio de 1807, por D. Vicente López Planes, capitán de la legión de Patricios de la misma capital ⁽¹⁾, y que ocupa las páginas 650-666 de la *Compilación de documentos relativos á sucesos del Rio de la Plata, desde 1806*, biblioteca del periódico expresado:

«Desde la fundación» en Buenos Aires «del Real Colegio de San Carlos por los años de 1783 hasta el benemérito D. Pedro Fernández, el estudio de la latinidad había sido una repetición insípida y mo-

(1) Esta composición se publicó por primera vez en Buenos Aires el año 1808 (Real Imprenta de Niños Expósitos) y formaba un folleto de 50 páginas en dozavo, dedicado al virrey Liniers.—Nota de M. C. L.

nótona de las reglas áridas y mezquinas de la tradición y del uso de la jerga escolástica... El sentido literario de las bellezas latinas, era cosa puesta fuera de cuestión en la enseñanza; así es que jamás llegaba el discípulo á tener conciencia de ellas para formar su estilo y su gusto. Traducir para traducir, y para saber comprender y usar la jerga que constituía el lenguaje bárbaro de las aulas con que se ganaban las borlas doctorales, era el límite supremo de los estudios latinos. Nada quedaba que fuese literario en los hábitos de locución, ni en las ideas; ni á más llegaba el extracto de estos trabajos para un alumno que á las reminiscencias aisladas de tal ó cual alegoría, de tal ó cual sentencia, conservadas para saturar doctoralmente un lenguaje magistral y pedantesco por esencia.

«D. Pedro Fernández, empero, no bien se recibió de la enseñanza cuando, tras pasando á sus inteligentes discípulos el sentido neto que él tenía de la belleza de los latinos, logra en pocos años variar radicalmente los gustos literarios de nuestros padres. Suplanta la jerga escolástica y el pedantismo erudito, por una conciencia clara de las buenas dotes del estilo clásico; y eleva así los

atavíos de la mente, preparando los frutos con que después se adornó la época revolucionaria... D. Pedro Fernández... enseñaba á sus alumnos la *literatura latina*, poniéndose por el punto de vista en que la tomaba, á una distancia inmensa de superioridad sobre los que antes de él habían sabido tan solo enseñar la gramática y la enfadosa jerga de las aulas... ¡Pluguiera al cielo que estos renglones llamasen sobre los trabajos modestos de tan digno hombre, la atención de observadores más sagaces y pacientes que nosotros, para que plena justicia le sea hecha en el país á que consagró tan eminentes servicios.

«Baste decir en elogio suyo, que fueron su hechura, no tan sólo el autor del *Triunfo Argentino* (1), que más tarde escribió el *Himno Nacional* argentino, sino también D. Bernardino Rivadavia (2), D. Manuel José Gareía (3), D. Matías Patrón (4)..., D. Julián Segundo de Agüero (5), D. José María Rojas (6), D. Estéban Luca (7), D. Tomás Manuel de Anchorena (8); con otros muchos de los que durante la revolución sobresalieron por sus prendas literarias en los trabajos de la prensa, de la tribuna y del gabinete...

«En medio de una generación de jue-

ces y de colaboradores así preparados y desprendidos todos de un mismo núcleo, nada era tan lógico como el universal elogio con que fué recibido *El Triunfo Argentino*. Él era, por decirlo así, la obra de todos; la obra vivificada por el espíritu culto del tiempo. La publicación de este trabajo fué para el autor, que entonces tenía poco más de veinte años, el principio de una carrera bastante lucida. El general Liniers—francés, capitán de navío que estaba al servicio de España y llegó á virrey de las Provincias del Río de la Plata—«lo colmó de atenciones amistosas, esmerándose en producirlo con honor, ya en los convites, ya en los bailes en donde el pueblo festejaba con delirio la gran victoria que acababa de revelar su prepotencia. *El Triunfo Argentino...* fué en el Río de la Plata el primer destello de la literatura política y revolucionaria que debía enardecernos y acompañarnos en todas las peripecias de nuestra lucha contra España...

En *El Triunfo Argentino* «el pensamiento, la tendencia, fueron anónimos por decirlo así. Mas el germen fué puesto por un hombre de mérito» (Fernández) «digno de la gratitud del país; y cuyo nombre, hoy ignorado de la mayor parte,

repite tan solo uno que otro viejo de los que recuerdan su modesta y utilísima enseñanza; la generación entera de nuestros padres le debió sus luces...

«El que esto escribe lo ha conocido en sus días de vejez, y (triste es decirlo) en sus días de olvido! cuando nada quizás le había quedado sino las profundas bendiciones que, al verlo pasar severo y agobiado por delante de sus ventanas, le enviaban algunos de sus discípulos antiguos, próceres entonces de la República... Era un hombre de mediana estatura y robusto: tenía una cabeza espaciosa con una fisonomía llena de regularidad y de inteligencia; parecía taciturno y llevaba siempre en su rostro cierto ceño severo que le daba distinción y respetabilidad. Creemos que sus opiniones religiosas, aunque presbítero, eran tan adelantadas como sus opiniones literarias, y así es que el Sr. Rivadavia puso á su cargo por mucho tiempo la colonia de alemanes protestantes que había fundado en las cercanías de Buenos Aires».

Suponemos fundadamente que el redactor del *Prefacio de los Compiladores* alude á las dieciséis familias alemanas con que, en cumplimiento del decreto de 25 de septiembre de 1826, se fundó el 11 de

marzo de 1827 en la Chacarita de los Colegiales el pueblo de Chorroarín, nombre dado, según en el acto dijo el presidente del Departamento Topográfico, que era el mencionado poeta D. Vicente López, en honor del Dr. D. Luis José Chorroarín, rector del Colegio de San Carlos, canónico, político, etc. Pero de que se pusiesen aquellas familias al cuidado de Fernández, no se deduce que éste dejase el catolicismo. «El pobre anciano Fernández» —expresa el Dr. D. Juan María Gutiérrez en la *Biografía de D. Bernardino Rivadavia*, comprendida en *Apuntes biográficos de escritores, oradores y hombres de Estado de la República Argentina*, que publicó en el año 1860—«aceptó con gusto la dirección de una colonia de extranjeros», porque era «entendido en agricultura y aficionado á los campos, como Virgilio, cuyas geórgicas y églogas sabía de memoria».

Agrega el prologuista del *Triunfo Argentino* que Rivadavia, «mientras tuvo influencia en los destinos de nuestro país, se hizo siempre un deber en proteger al viejo presbítero que había sido su maestro: rasgo noble que le agradecemos en lo más profundo de nuestra alma. Después creemos que ha muerto» ernández «en la miseria.....» «Pasada

la Presidencia—asegura también Gutiérrez en los mencionados *Apuntes biográficos*—se le dejó morir en la oscuridad y en la miseria, por el delito de dirigir á la colonia alemana».

Y declara el escritor del *Prefacio de los Compiladores*:

«Muchas veces hemos pensado que la vida y los servicios de este hombre, merecían formar el objeto de una investigación seria de parte de quien aspirase á tener la inteligencia perfecta de nuestros pueblos; porque es cosa innegable que el *clasicismo* ha tenido una influencia decisiva en el desarrollo de nuestras cosas políticas y de nuestras pasiones civiles».



III

Cerca de cuarenta años después, ó sea en 26 de abril de 1891, venía á confirmar esto un profundo pensador argentino: el eminente literato Dr. D. Ernesto Quesada, correspondiente de la Real Academia Española. Tratando de *Enseñanza secundaria*, dice, en efecto, el autor de *Reseñas y críticas* (página 515):

«Cuando se recuerda los hombres de nuestra primera época pública, cuyos rastros en los parlamentos, en la prensa y en las letras revelan un sedimento clásico tan elegante como sólido, y un culto verdadero por el humanismo, —más que causar pena, sube involuntariamente á las mejillas el rubor al considerar que, medio siglo después, teorías pedagógicas exageradas por su exclusivismo y quizá mal asimiladas, indujeron á los hombres á quienes el vaivén de nuestra vida democrática con-

fiara la salud intelectual de las generaciones jóvenes, á renegar de aquella sana é ilustre tradición, y á tratar de implatar un ciego utilitarismo, llevando hasta sus más extremas conclusiones el olvido de que el hombre no sólo de pan se nutre, y de que su espíritu—para hacerle más llevadera la vida y digno de que cuente en ella como algo más que una máquina de producir riqueza —necesita nutrirse también de esos estudios que, en todas las épocas de la historia, han contribuído á fomentar el culto de lo bello y á formar ese tesoro verdaderamente grandioso que las generaciones se transmiten: el conjunto que ha dado en llamarse con una propiedad que revela su imprescindible importancia: *las humanidades*.



IV

Pero volvamos los ojos al *Prefacio de los Compiladores*.

Se escribió en el mes de agosto de 1851, y carece de firma de autor; mas la hemos descubierto al buscar, en virtud de los transcriptos del mismo *Prefacio*, nuevos datos de Pedro Fernández: ya la diremos.

Confiesa el prologuista que Fernández enseñó latinidad *desde 1790 á 1795*. También el doctor Gutiérrez, en la página 16 (biografía de Rivadavia) de los *Apuntes biográficos*, lo reconoce en estas palabras: «La enseñanza de la lengua latina se mantuvo á la altura de las necesidades de la escolástica, hasta que la fortuna trajo al país al presbítero D. Pedro Fernández, literato imbuido en las bellezas de los clásicos latinos, á cuya difusión entre los jóvenes se consagró *durante cinco años desde el de 1790.*»

El mismo eruditísimo doctor don Juan María Gutiérrez, en su *Bibliografía de la primera imprenta de Buenos Aires* (Buenos Aires, 1866) consigna, empero: «El más notable de los maestros de latinidad de aquella época remota, fué el presbítero D. Pedro Fernández, empleado desde el año 1785 como *Repetidor* de Villota, y que fué maestro en propiedad, cuando menos, desde 1792 hasta 1805.»

En apoyo de que ya en 1785 repasaba Fernández á los alumnos las lecciones de Villota, viene un acuerdo de que dió fe en Buenos Aires el Escribano Real José Zenzano, y del cual aparece que, accediendo á un *Memorial* que don Cipriano Villota, preceptor de latinidad del Real Colegio de San Carlos, presentó á la Junta, ésta, reunida en la sala de Temporalidades el 28 de mayo del referido año, acordó aumentar cien pesos anuales al sueldo de doscientos que percibía el «maestro ó Repetidor de dicha clase D. Pedro Fernández», pues el último «se halla con mucho trabajo con el aumento que ha habido de muchos discípulos», y no podía subsistir con tan pequeño sueldo.

Y más explícito que en la expresada *Bibliografía de la primera imprenta de Buenos Aires* es el propio doctor Gu-

tiérrez en su voluminoso libro *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la Enseñanza pública superior en Buenos Aires, desde la época de la extinción de la Compañía de Jesús en el año 1767 hasta poco después de fundada la Universidad en 1821* (Buenos Aires, 1868), ya que, bajo el título de *Nómina cronológica de los preceptores de lengua latina desde la fundación de este estudio, hasta el año 1819*, dice sin asomo de vacilación: «Año 1785—1805: D. Pedro Fernández, presbítero.»

Por su parte, los doctores don Norberto Piñero y D. Eduardo L. Bidau, refiriéndose á la enseñanza del idioma de Lacio, se concretan á exponer (páginas 17 y 18 de la *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, publicada en 1889) «que sus primeros maestros Villota y Salcedo, profesaban la máxima de que *la letra con sangre entra*, aunque este parece haber sido el sistema general, y que sus beneficios llegaron á ser realmente innegables cuando se encontró á su frente el presbítero D. Pedro Fernández, de cuyo talento y competencia han hecho justos elogios nuestros historiadores y de quien fueron discípulos muchos de nuestros hombres ilustres.»

Esos historiadores son el prologuista

de *El Triunfo Argentino* y su continuador en encomiar á Fernández, D. Juan M. Gutiérrez, quien había escrito del presbítero en las sobredichas *Noticias históricas*, que «este modesto obrero ha alcanzado lo que pocos maestros de aquellos tiempos oscuros,—un elogio razonado escrito por persona de conocida competencia é inspirada en los recuerdos de uno de los discípulos más aventajados del presbítero Fernández.» Alude al elogio hecho en el *Prefacio de los Compiladores*, cuyo autor es el insigne historiador argentino D. Vicente Fidel López, hijo del D. Vicente López Planes, poeta patriótico y político que llegó á ocupar los más elevados puestos de la joven república.



V

Fuera de la cátedra, sólo en tres ocasiones determinadas hemos podido, hasta ahora, ver la acción, siempre generosamente fecunda, de Pedro Fernández.

El 24 de enero de 1787 aparece firmando, en unión de los principales sacerdotes, una certificación honrosísima para el americano Dr. D. Juan Baltasar Maziel, vicario, gobernador general del obispado del Río de la Plata, etc., que había sido caprichosamente desterrado á Montevideo por el virrey, Marqués de Loreto. El documento es una protesta indirecta contra este *ex-abrupto*; y, con autorizarlo, se revelaba Fernández amante de la justicia á la par que bondadoso. Muerto Maziel, su buena memoria fué, por cierto, cumplidamente desagraviada.

En virtud de una circular expedida con fecha 27 de agosto de 1806 por el

Cabildo bonaerense para romper el « insoportable yugo de la dominación inglesa », se abrió una subscripción pública. A ella contribuyó con esplendidez Fernández, pues su nombre figura inscripto con la cantidad de doscientos *ps. fs.* (pesos fuertes).

Y en una lista de *Donativos de libros á la Biblioteca pública hasta fin del año de 1810*, se lee estotro apreciable rasgo de desprendimiento: « El Prébitero don Pedro Fernández, preceptor de latinidad de los públicos estudios, donó los libros siguientes: Concina: Sus obras literarias, 17 tomos, 4.^o mayor ».



VI

El Dr. D. Vicente Fidel López llama *presbítero gallego* á Pedro Fernández. No se ha equivocado el esclarecido publicista: con nuestras propias investigaciones lo demostraremos. En ellas hemos hallado, además, el día de la defunción del meritísimo hijo de Galicia.

En el folio 189 del *Libro de partidas de entierro de hombres en este cementerio del Norte*, libro que principia el 1.º de junio de 1829 y termina el 23 de enero de 1835, léese, bajo la fecha de 8 de abril de 1834: «Presbítero D. Pedro Fernández, de edad de 80 años, natural de Galicia.»

Ansiosos de averiguar el pueblo fijo de nacimiento, hemos buscado en las iglesias la partida de defunción: la hemos visto en el folio 197 del primer tomo del registro de fallecimientos existente en el templo de San Ignacio. Y en ella sólo se consigna que el 8 de abril de

1834 murió el presbítero D. Pedro Fernández, *de Galicia*.

En el número 3.260 de *La Gaceta Mercantil*, de Buenos Aires, diario correspondiente al 12 de abril de 1834, hay, pues, error de fecha, cuando expresa: «NECROLOGÍA—Razón de los individuos que han muerto en los días 10» (sic) «y 11.... *Sagrario del Sur*» (San Ignacio): «Presbítero D. Pedro Fernández, de 80 años.»

De modo que ya tenía treinta y un años de edad D. Pedro Fernández cuando por primera vez aparece ejerciendo el profesorado en Buenos Aires.

¡De cuántos y cuán famosos y trascendentales acontecimientos fué testigo! Él, desde Buenos Aires, vió estallar la revolución francesa que proclamaba los derechos del hombre; sucumbir á la marina española en Trafalgar; invadir á España las huestes de Napoleón I, arrojadas, al fin, de ella, con el auxilio de Inglaterra, enemiga de las armadas hispana y francesa en aquellas aguas sinistras para éstas; proclamar á Riego la libertad; entrar nuevamente los hijos de San Luis á restablecer el absolutismo en el Estado que tanto había comenzado á prosperar con el gobierno de Carlos III. Y en la ciudad porteña vió á aquellos alumnos á quienes tan bri-

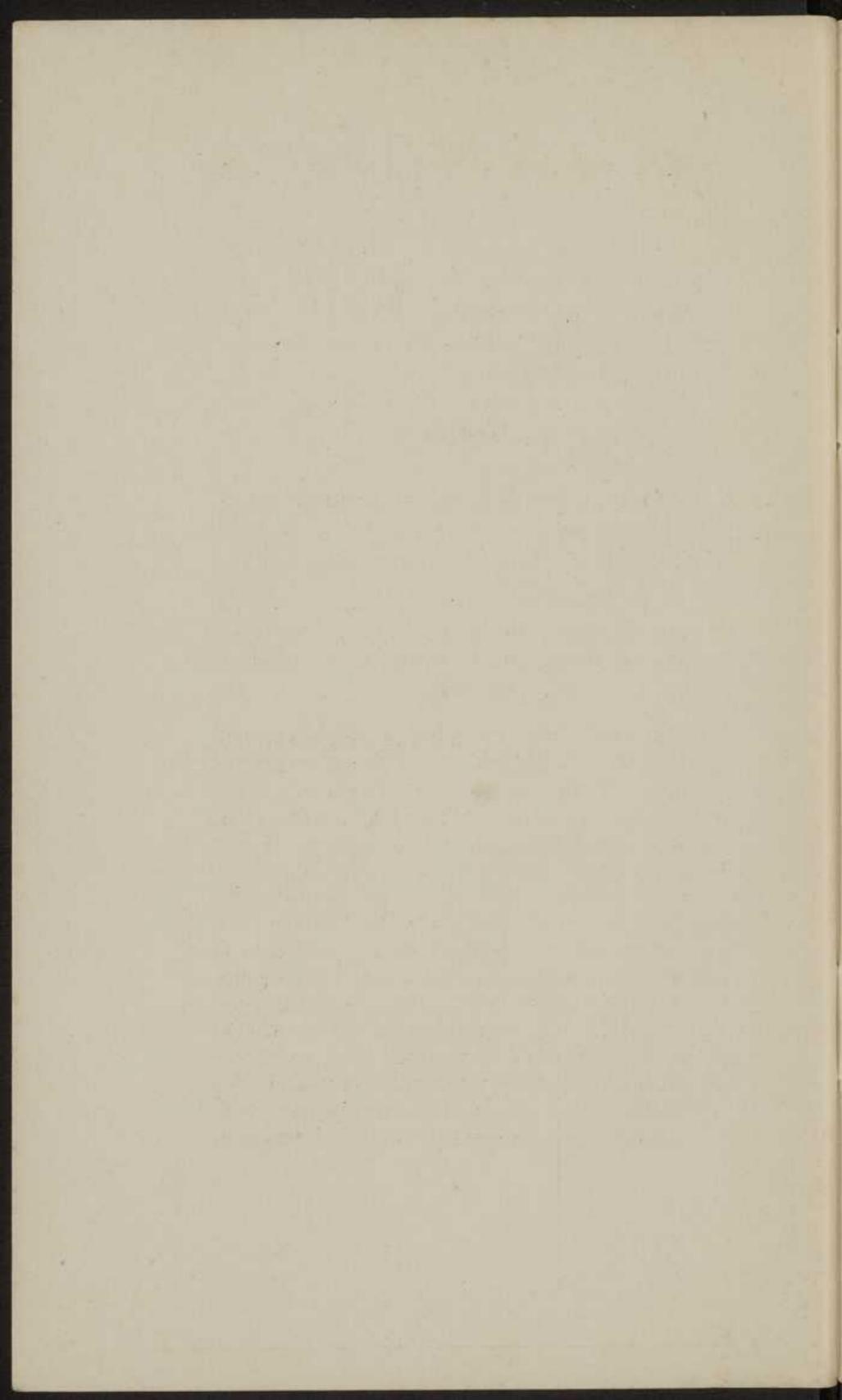
llantemente enseñara en nombre de su patria, desligarse de la soberanía de ella para proclamar, como antes lo hicieran las colonias inglesas de Norteamérica, los ideales de democracia y república, que, en los últimos años del preclaro varón, pisoteaban y anulaban luchas intestinas, al mismo tiempo que el pretendiente de la corona de Isabel la Católica, Carlos V, comenzaba á ensangrentar, desde la montaña al valle, á la nación española. ¡Quién pudiera leer en el alma delicada de D. Pedro Fernández las emociones que tantos acontecimientos debieron de producirle! Lo que en ella se adivina es la *espantosa soledad*, cual diría López de Ayala, á que le arrojó la siempre negra y odiosa ingratitud; como si la nieve de los años y la tumba próxima á abrirse á sus pies no bastasen para llenar de temores y sombras su espíritu. Pero ya estás vengado ¡oh, ingente educador! ¿Qué importa que para tí no haya estatuas; que no se dé tu nombre á calle alguna; que no recibas los altos honores que se otorgan á tus grandes discípulos? No creemos engañarnos al pensar que, desde hoy, no sólo serán eruditos sapientes y, á la par, bondadosos, pero cuyas obras, sobre ser raras, se arrinconan en tal cual archivo, los que recuerden y alaben tu ciencia y

tus virtudes, que de tanto han servido. El pueblo es noble; y, para tí, habrá sinceramente en el seno de muchos hogares honrados, que vale más, lo que no tienen ciertos personajes, Mazzini, por ejemplo, sino por modo convencional en la plaza pública: cariño y veneración.

Ahora bien: ¿dónde hizo sus estudios el sabio maestro Fernández?

Pero baste—por ahora, se entiende—de él. Es necesario y preciso que se cumplan los deseos del Dr. D. Vicente F. López: sería indudablemente muy útil un estudio completo de D. Pedro Fernández, y en el cual, por tanto, se pintasen la fisonomía literaria y la influencia política de los discípulos sobresalientes del concienzudo latino.

Conste, por lo pronto, que un gallego merece ser reputado, como dice el título de este humilde, pero, para nosotros, penoso trabajo, de PADRE INTELECTUAL DE LOS PRÓCERES DE LA INDEPENDENCIA ARGENTINA.





Notas

(1) Nació en Buenos Aires. Al instalarse la Universidad estableció los estudios clásicos. Fué miembro del triunvirato; diputado; ministro; presidente accidental de la República, después de dejar este puesto Rivadavia; presidente del más alto tribunal de Justicia; encargado del Gobierno por Urquiza á la caída de Rozas; gobernador de la provincia de Buenos Aires. Murió en 1856.

(2) Nació (1780) en Buenos Aires. Figuró brillantemente en el batallón *Gallego*, formado para rechazar la invasión inglesa, y de que era jefe el por tantos conceptos insigne D. Pedro Antonio Cerviño, hijo de Galicia. Formada en 25 de mayo de 1810 la Junta revolucionaria, contribuyó especialmente á sofocar la conspiración española que fraguaba Alzaga en 1812. Fué Encargado de Negocios, en Europa; ministro de Gobierno; primer presidente de la República, cargo que renunció, ante los ataques del partido federal, en 1827. Fomentó el comercio, determinó el desarrollo y progreso de la instrucción pública, creó iglesias, fundó cajas de ahorros, instaló la Sociedad de Beneficencia, favoreció á los inmigrantes; está, en fin, considerado con razón como uno de los hijos mas ilustres de Sud América.

Velez Sarsfield le llama *padre de la República Argentina*. Rivadavia murió (1845) desterrado en Cádiz, de donde fueron trasladados sus restos á Buenos Aires.

(3) También nació en Buenos Aires, en 1784. Asimismo combatió á los ingleses. Figuró en la Municipalidad, en el Consejo de Estado y como representante del gobierno argentino cerca de la corte de Río Janeiro. Brilló especialmente en el ministerio de Hacienda, que ejerció en diferentes ocasiones; habiendo, cual dice uno de sus biógrafos, negociado un tratado de amistad, comercio y navegación con la Gran Bretaña. Murió en su pueblo natal á la edad de 64 años.

(4) Abogado, miembro del Congreso de 1822, etc.

(5) Diputado, ministro, orador. Triunfante Rozas, le combatió Julián Segundo de Agüero en Montevideo, á donde había emigrado. Falleció cuando aún dominaba el dictador.

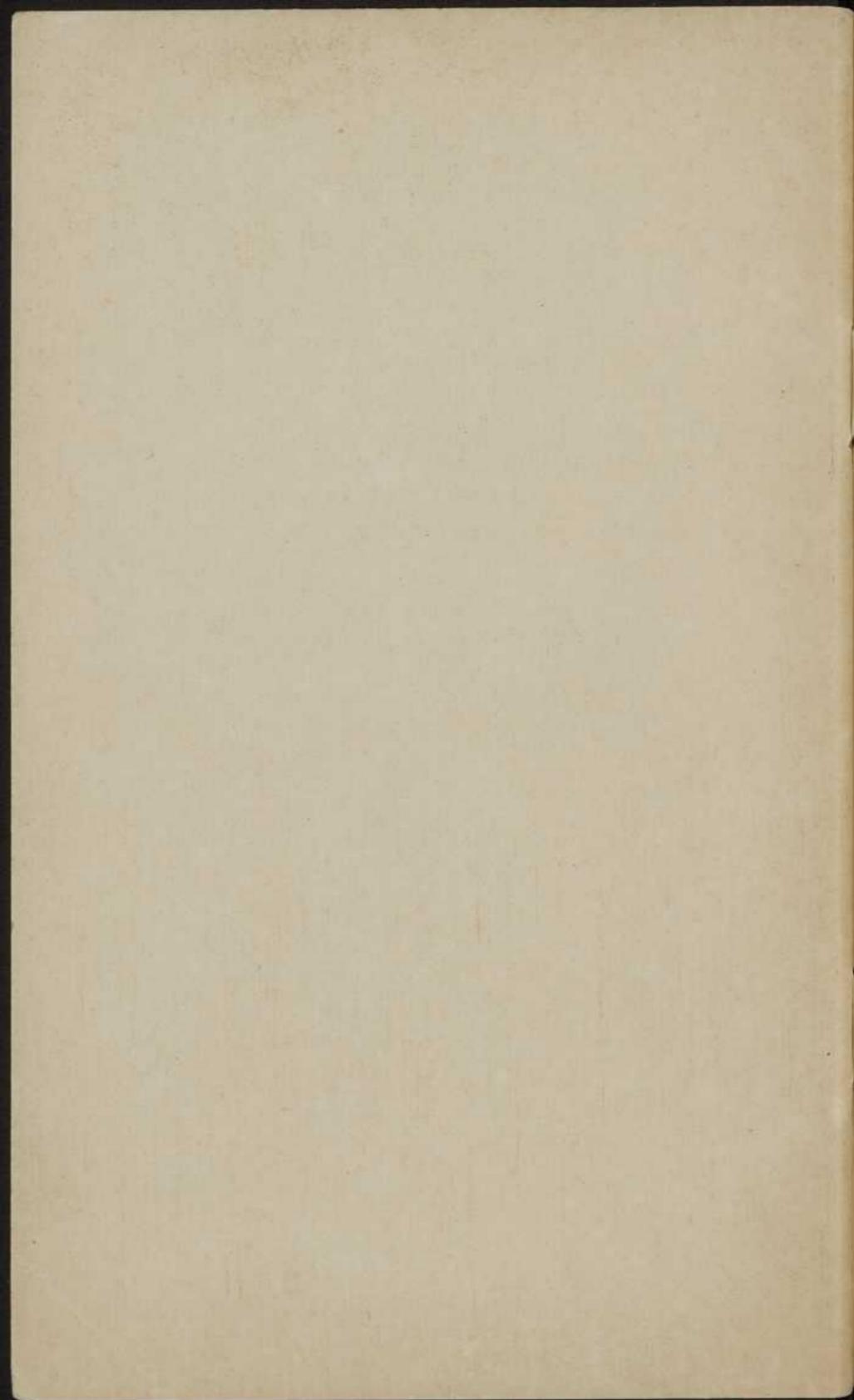
(6) Entendemos que será D. Juan Ramón Rojas, nacido en 1784, estudiante en el Colegio de S. Carlos, distinguido como poeta, militar, etc., y que pereció en un naufragio.

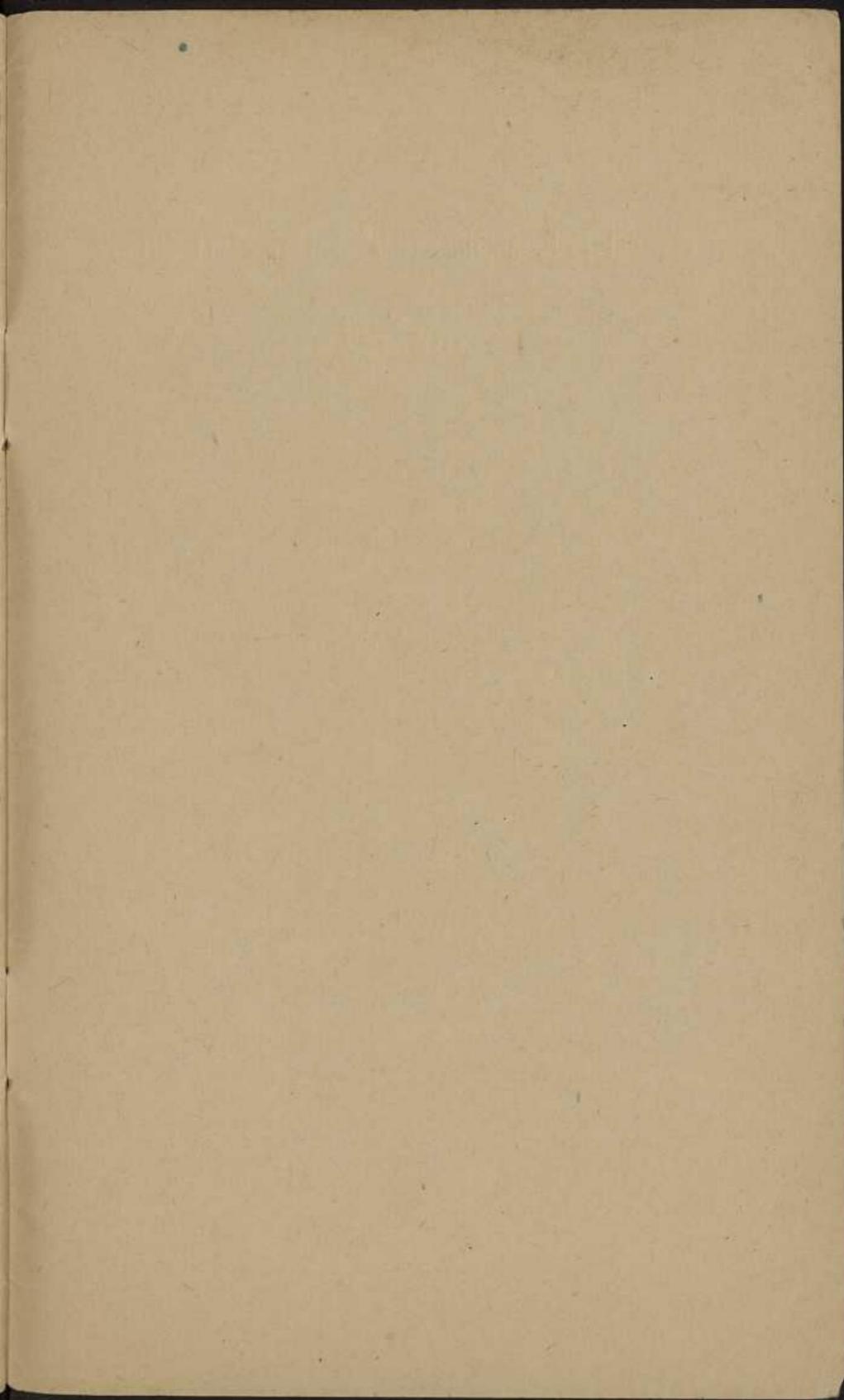
(7) Autor de poesías patrióticas como las tituladas *Canto lírico á la libertad de Lima* y *Al pueblo de Buenos Aires*. Era, además, amante de las ciencias exactas. Fué sargento mayor de caballería, director de la fábrica de fusiles y cañones, etc.; y al regresar de Río Janeiro con una comisión diplomática de que era secretario, naufragó, no en el mes de mayo, según dice el erudito Sr. Cortés en su *Dic-*

cionario biográfico americano (París, 1875), sino en marzo de 1824. Con Luca se perdieron sus papeles en el mar.

(8) Formó parte del Congreso de Tucumán que proclamó con fecha 9 de julio de 1816 la independencia de las Provincias Unidas del Sur. Se opuso enérgicamente (1819) al intento de fundar una monarquía *inca*. Desempeñó el ministerio de Estado. Falleció en su pueblo, Buenos Aires, en 1838; y Rozas honró su memoria.

M. Castro López.





LISTA DE ALGUNAS OBRAS GALLEGAS DEL AUTOR

PUBLICADAS

Hijos distinguidos de la provincia de Lugo.

Efemérides galaicas.

La Asociación de Escritores y Artistas de Lugo.

Rosalía Castro, album, en colaboración.

Almanaque Gallego, artístico y literario, seis tomos.

César Cisneros Luces.

Un poeta.

PRÓXIMAS Á PUBLICARSE, ENTRE OTRAS

Almanaque Gallego, para el año 1904.

Un Heterodoxo gallego en el primer Claustro universitario de Buenos Aires.